

Guipúzcoa en la guerra de la Independencia

Cien años nos separan del período en que en la península tuvieron lugar sinnúmero de hechos, gloriosos los más, tristes algunos, cuya reunión recibe el nombre de guerra de la Independencia por haberse defendido en ella, la muy comprometida de la nación; no fuera justo dejar olvidada en absoluto la parte que en ella tomara Guipúzcoa, y aficionado á este género de investigaciones históricas, y desde luego circunscribiéndome á Guipúzcoa en este centenario que comienza á celebrarse y que en rigor dura hasta 1814, he de recordar sucesos, cosas, personas, que se refieran ya á Guipúzcoa, ya á guipuzcoanos; inútil decir, que para ello y aparte de algún otro dato de investigación propia, la base de cuanto acerca de este período escriba, han de ser escritores ya conocidos: ello, por lo general es condición casi fatal, en los estudios de naturaleza histórica y ese fatalismo crece en sucesos, que tan gran influencia hubieron de hacer sentir en la paz europea y en los que los españoles tan general cuanto personal esfuerzo realizaron, haciendo así complicado el estudio de ese período; repetimos que la base de nuestro trabajo han de ser historias ya conocidas y principalmente, como norte, como guía, como crítica hemos elegido, desde luego, la del general Gómez de Arteche, cuyo solo nombre, en este concepto, escuda la autenticidad de los relatos; y hechas estas aclaraciones y con-

fesado que la publicación simultánea, en libro aparte, de los artículos que quiero redactar, (ampliándolos ya más, naturalmente en ese caso) fuera, desgraciadamente, tanto como perder, por lo menos el tiempo, entraré desde luego en materia, concretándome siempre á esta provincia de Guipúzcoa, á hechos en ella ocurridos, ó á hijos de este solar, que ilustráran su nombre, en aquella militar contienda, contra un hombre asombro de su siglo, que al frente de una nación fuerte que en aquellos años precisamente asombraba igualmente á la humanidad, lo mismo en las montañas suizas, que en las llanuras italianas, que en los arenales africanos, así en Berna, como en Marengo y Pirámides.

I

Entrada de las tropas francesas en Guipúzcoa, y ocupación de San Sebastián.

Frescos aún los laureles de Austerlitz, Eylau y Friedland, comenzó Napoleón á llevar á la práctica proyectos ya acaraciados disimuladamente desde 1801, por lo menos, y á su virtud, con pretexto de tener que enviar tropas á Portugal ordenó se formase en la frontera occidental de los Pirineos, un cuerpo de ejército que comenzó por llamarse «de observación de la Gironda» cuyo mando se encomendó al después Duque de Abrantes, nombrándose jefe de E. M. á Thiebault, y compuesto de tres divisiones de infantería al mando de los generales Delaborde, Loison y Travot, una de caballería mandada por el gran Kellerman, y treinta y ocho cañones, con su tren, regidos por el general Saurel, haciendo un total de 24.133 hombres con 3.274 caballos, acantonándose en Bayona, San Juan de Luz, Pau, Oleron y aldeas próximas á la frontera, hasta que el 18 de Octubre de 1807 la primera división pasó el Bidasoa, alcanzándola en Vitoria el general español D. Pedro Rodríguez de Laburia, encargado de recibirlas, y siguiendo su marcha, hacia Salamanca (por Burgos y Valladolid) seguidas del resto de su cuerpo de ejército, que á su retaguardia dejaba, aún en tierra francesa, otro segundo cuerpo, que recibía el nombre de «segundo cuerpo de ejército de observación en la Gironda.»

Componíase este segundo cuerpo, de un total de 24.428 hombres y 4.050 caballos, formando tres divisiones de infantería mandadas por

los generales Barbon, Vedel y Frere; una de caballería al mando del general piemontés Fresía y 40 cañones, confiándose su mando supremo al general Dupont (después vencido en Bailén); el 22 de Noviembre, pasó el Bidasoa la primera división y poco á poco las restantes, al tiempo que el emperador volvía á ordenar se formara en la frontera otro tercer cuerpo, aun más numeroso, que bautizó con el nombre de «cuerpo de ejército de observación de las costas del mar océano» compuesto en la misma forma que los anteriores, nombrándose general en jefe al mariscal Moncey, y de las divisiones á Monsieur Gobert y Morlot, encargándose del mando de la caballería Grouchy, más dos baterías por división de infantes haciendo un total de 29.341 hombres y 3.860 caballos, desempeñando el cargo de jefe de E. M. el general vasco-francés Harispe; la vanguardia de este tercer cuerpo comenzó á entrar en España, por Irún, el 7 de Enero de 1808; resúmen: que con el pretexto de conquistar Portugal, el Emperador había introducido en España 78.102 infantes, 11.184 caballos y muy poco más de cien cañones, sin que sus propósitos se traslucieran, por quienes tal deber tenían, pues es evidente que tal suma de fuerzas, habrían forzosamente de tener un objetivo más amplio que el de vencer á Portugal únicamente, y más cuando auxiliar del primer cuerpo, (que es el que operó en el territorio lusitano) fueron número no escaso de tropas españolas.

El primer cuerpo mandado por Junot hallábase ya en Portugal: el segundo llegaba á Valladolid y el tercero avanzaba sobre Burgos; evidente que tales fuerzas no habían de quedar sin tener su retaguardia bien cubierta y para ello y con tal pretexto entraron en España más fuerzas francesas, reducido nuestro propósito á ocuparnos solo de Guipúzcoa y del aspecto militar de la contienda, hacemos caso omiso tanto de las fuerzas que penetraron por los Pirineos Orientales, como de las que invadieron Navarra y en su tiempo nos ocuparemos, tanto de las tropas que formaron la guarnición extranjera de San Sebastián, como del paso de más fuerzas por sus muros.

Veamos ahora los elementos de defensa que se podían considerar subsistentes en Guipúzcoa: en primer lugar, hay que tener en cuenta, que habiendo penetrado y habiéndose apoderado de las poblaciones principales (Barcelona, San Sebastián, Pamplona, Vitoria, Burgos, Valladolid. etc.) capciosamente inútil hubiera sido poseer plazas inexpugnables ni fuerzas sobradas: Irún hallábase como hasta muy recientemente, sin defensa ni próxima ni remota, la histórica y vieja

Fuenterrabía, contaba solo con sus murallas, nada existía, y en rigor, aquellos tiempos ni aquellos procedimientos de lucha lo requerían del campo atrincherado de Oyarzun; hallábase por tanto franco casi, el camino de San Sebastián, salvo la torre (pomposamente llamada castillo) de Santa Isabel, á la entrada del puerto de Pasajes, de ninguna eficacia para nada que tuviera que ver con tierra y á más dominada en absoluto por los cercanos montes; más bajo existía otra pequeña torre, con una batería, propiedad y mantenida por la provincia, cuyo objeto era ser una avanzada de la de Santa Isabel; el estado de ambas, bajo el punto de vista polémico, era menos que mediano.

La plaza de San Sebastián, apoyada su espalda en el monte Urgull, poseía por la parte de tierra (lo que hoy comprende el Boulevard) un frente único con estrechos baluartes, unidos por una muralla que tenía en su mitad un torreón acasamatado, foso, rebellín, cubrecaras y un hornabeque destacado con su foso, camino cubierto y gran rebellín: dos muros de poca consistencia con adarve y torreones unían este frente con el monte Urgull (uno próximamente, por la fachada del casino que da al mar, del que aún subsiste la puerta de la calle del Puerto y otro, en la parte de la Zurriola donde existió la famosa Brecha); sobre la cumbre del monte existía (y cambiado y aumentado, aún existe) un torreón de costa con un recinto bajo amurallado.

En la costa existía, en Guetaria el castillo de San Antón y la batería baja, por la parte del mar, encerrado el pueblo en un recinto amurallado; esta plaza, pequeña y con sus defensas en menos que mediano estado, carecía de importancia para la contienda que se avecinaba, pues su situación es marítima y aparte de que en el mar, no había de empeñarse aquella lucha, en él llegamos á contar con el auxilio de las escuadras inglesas (recién vencedores en Trafalgar) que dieron lugar, á un hecho memorable en Motrico, del que á su hora hemos de ocuparnos también.

Respecto á guarnición en Guipúzcoa se contaba con el primer batallón del regimiento del Rey, el segundo del regimiento de Africa (ambos cuerpo de infantería de línea, el segundo de los cuales, lleva actualmente el nombre de Sicilia, hallándose precisamente en la misma ciudad) y 134 artilleros, haciendo en junto una suma aproximada de novecientos hombres, de los que hay que descontar pequeños destacamentos que guarnecían Fuenterrabía, el castillete Pasajes y el de Guetaria.

Así transcurrieron, por lo general, los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre de 1807 y el de Enero de 1808: entrando en España las tropas francesas reseñadas, y siguiendo su ruta por Irún, Tolosa, Vergara, altos de Arlabán á Vitoria, acampando y haciendo lo que les parecía, no obstante las advertencias del general Laburia, y prestándose por autoridades y pueblos, un auxilio, no en todas ocasiones bien agradecido, hasta que ya, á mediados de Febrero, comienza la ocupación de las plazas por los franceses (Pamplona el 16 y Barcelona el 29) y entre ellas es ocupada la de San Sebastián, en la forma y con los antecedentes de que necesariamente vamos á ocuparnos.

ANGEL DE GOROSTIDI.

(Se continuará.)



Guipúzcoa en la guerra de la Independencia



(CONTINUACIÓN)

Mandaba en Guipúzcoa, el Duque de Mahón, general Crillón, como comandante de la provincia, á la que había llegado hacía pocos días; era gobernador de la plaza de San Sebastián el brigadier Daiguillón y comandante del fuerte de Santa Cruz (vulgarmente conocido por la Mota) el capitán Douton, militares bien reputados y conceptuados, que naturalmente, veían con algún recelo la entrada de tanta fuerza francesa y mayor aun la creación de un depósito en Bayona, villa en la que el emperador, mudo todavía, no cesaba de acumular elementos de combate; hallábase como hemos dicho en Irún (á veces y otras en distintos pueblos, pero siempre sobre el camino de Madrid) el general Laburía comisionado para recibir y hospedar las tropas francesas, el cual no menos extrañado hubo de manifestárselo en varias ocasiones al Príncipe de la Paz reservadamente, así como sin perjuicio de lo que éste pudiera indicarle (que no le indicó nada) hubo de vigilar atentamente los preparativos franceses y comunicarse sus impresiones nada optimistas, con el general Crillón, brigadier Daiguillón y capitán Douton, quienes abundando en iguales opiniones, mas careciendo de instrucciones precisas, hubieron de limitarse á extremar su vigilancia y aguardar la marcha de los acontecimientos, que no dejaron de sorprenderles de manera seguramente inesperada para ellos, aumentándo

se sus zozobras con la creación en Francia de un cuarto cuerpo de ejército fuerte de 19.000 infantes y 1.881 caballos cuyo mando se confió al mariscal Duque de Istria, y de cuya fuerza hubo de salir la primera guarnición francesa de San Sebastián.

Entretanto las intrigas de la corte, tenían á esta en un desconcierto deplorable, los franceses habían sobradamente penetrado en la Península y solo faltaba ya dar cima á la empresa, lo que exigía, ante todo, unidad en el mando, tanto para resolver los asuntos militares, que pudiesen plantearse, cuanto los diplomáticos y á fin de llenar este cometido nombróse lugarteniente del Emperador al Príncipe de Murat, aunque se le agregó un lucido cuartel general nombrándose jefe de E. M. al general Belliard y subjefe al general Monthion, ordenándosele pusiérase cuanto antes en camino para España; el 26 de Febrero, llegó á Bayona y expuso á nuestro agente consular la necesidad no ya de ir guarneciendo plazas fronterizas (D'Amagnac se había apresurado á hacerlo con Pamplona) sino la de establecer en San Sebastián un depósito de hombres y caballos, para nutrir los ejércitos que ya se hallaban en la Península, nuestro representante se apresuró á escribírselo al gobernador de San Sebastián y éste al Duque de Mahón, quien en 1.º de Marzo, lo hizo al Príncipe de la Paz, ya harto desorientado para resolver con acierto.

No había llegado á Madrid el correo despachado, cuando el general Monthion, escribía al brigadier Daiguillon, que Murat había dispuesto la traslación de los depósitos de Bayona á San Sebastián, debiendo salir de las orillas del Adour del 4 al 5 del próximo Marzo y llegar á San Sebastián en los dos días inmediatos; el gobernador de la plaza consultó con el del fuerte y no resolviéndose á abrir sus puertas al aliado (recordando lo ocurrido en la capital de Navarra) contestaron que suspendieran la ejecución de lo acordado hasta recibir respuesta de la corte y en último término se alojasen fuera de la plaza y del alcance de sus cañones, respuesta aprobada por el general Crillon, viéndose así claramente, que las tres autoridades procuraban cumplir con su deber y evitar ocurriera á San Sebastián, lo que les iba ocurriendo á otras plazas.

No había llegado tampoco esta respuesta á Bayona, cuando vuelve á escribir Monthion que los depósitos salían, componiéndose de 350 infantes y 70 ginetes; pero llega el correo español á Bayona, se entera de la respuesta el gran duque de Berg, é inmediatamente en cuatro de

Marzo escribe una carta amenazadora y con sus ribetes de grosera, intimando la entrega de la plaza; el general Crillón replicó en forma dura y pensó seriamente en defender San Sebastián animado para ello por los gobernadores de la plaza y fuerte y por el general Laburía, quien aleccionado por lo que acababa de ocurrir en Montjuich, no era partidario de abrir las puertas á las órdenes del lugarteniente del emperador y hasta pensóse en solicitar auxilio de otras tropas españolas; es decir la noche del 4 al 5 de Marzo, pudo ser San Sebastián la primera ciudad que rompía con los franceses; pero amanece el cinco, llega á manos de Crillón la respuesta de Godoy y en ella, escrita de puño y letra del ministro, con fecha tres de Marzo, se leía: «entregue al gobernador la plaza pues está indefensa, pero amigablemente según han hecho los demás en donde habrá menos razón de disculpa»; esta apreciación última no dejaba de ser injusta; pero en fin, esto no es ahora de nuestro propósito tratar; el caso es que, y ante orden tan terminante y clara, el gobernador entregó la plaza al general francés Thoubenot quien la ocupó con sus fuerzas y los famosos depósitos (pretexto para la ocupación), cuya fuerza fué paulatinamente aumentándose; componían la guarnición el 4.º batallón del 2.º Regimiento suplementario, el 4.º batallón de las legiones de reserva, el depósito de hombres, el depósito de caballería y un destacamento de artillería de á pie sumando un total de 2.218 hombres y 50 caballos, mandados por el general de brigada citado, quien á su vez dependía del mariscal Bessieres, como jefe del cuerpo de ejército.

II

Instrucciones del general Murat, gran duque de Berg, y viaje de Bayona de la familia Real y Príncipe de la Paz.

La necesidad, de unificar la acción, militar y diplomática en que pensaba el emperador, fué causa, como hemos dicho de que pensara en nombrar en la Península un lugarteniente suyo, recayendo su elección en su cuñado Murat, gran duque de Berg, mariscal del Imperio, al que se le dió orden de pasar cuanto antes á Bayona (donde ya hemos visto lo que hizo con respecto á San Sebastián) de allí al cuartel general de Moncey, á la sazón todavía en Burgos y de allí á Madrid, acompañá-

ronle multitud de oficiales, algunos de los cuales le precedieron á fin de reconcentrar las tropas francesas y acariciando dulces ilusiones y muy risueñas esperanzas, se dispuso penetrar pacíficamente en España, y con efecto, el 10 de Marzo, pasó el Bidasoa el general Murat, y habiéndose su gestión desarrollado en la corte (Madrid y Aranjuez) no nos ocuparíamos de su paso por la provincia, limitándonos á mencionarlo, á no constar traer entre sus instrucciones una, relativa al país vasco, y que realmente reviste interés, «anunciar á las Provincias vascas que sucediera lo que quisiere serian respetados sus fueros» y, sin duda, por lo menos lo que suceder pudiera, debía ser lo consignado en la cláusula 2.^a de la nota que el agente del Duque de la Alcudia Izquierdo, trajo de París «el trueque del Portugal por las tierras hasta el Ebro», convenio que quedó en embrión: ¿pero por qué el gran corso, que acababa de destrozarse á Prusia y Austria, que deshizo la Italia, que lo mismo quitaba que daba coronas? ¿por qué había de mencionar aún las instrucciones á su cuñado, instrucciones cuyo objetivo final, era desposeer á los Borbones del trono de España y hacer que en el sόllo de San Fernando al sentarse un hermano suyo, donándosele como donó el de Nápoles á Ney, el sueco á Bernardotte, objetivo muy grande y difícil (de imposible concluyeron por acreditarlo los hechos) ¿por qué en ellas ocuparon un lugar las provincias vascas tan pequeñas en territorio? ¡ah! aquí arranca una página, una reminiscencia de la historia de Guipúzcoa interesantísima y que de seguro no sería desconocida por el vencedor de Ulma y si lo hubieran sido, tanto el ya mariscal Moncey, cuanto su jefe de E. M. el general Harispe (no olvidando que este cuerpo de ejército dió las guarniciones del país vasco-navarro en tiempos á que ahora nos referimos) pudieran hacérselos conocer, sin más que relatarle los hechos y asuntos de 1794: militares, como la campaña del Deva, diplomáticos, llamémoslos así, cual la junta de Guetaria (Agosto de 1794) y otras incidencias, cuyo exámen nos llevaría muy lejos y no son de este lugar; no hacía mucho, que Vargas Ponce, había examinado los archivos de Guipúzcoa, cumpliendo así una comisión histórica (que realmente pudo ser tal vez, demasiado histórica); tampoco los hacía de que Napoleón, intentara negociar acerca de una ocupación temporal del Puerto de Pasajes y todo esto hizo que entre las instrucciones dadas á Murat, figurase la de prometer á los vascos conservar sus fueros; tal vez el César no olvidaba, algún fracaso de Carlo-Magno, en las angosturas de Roncesvalles y gran estrategia por una parte, y cono

cedor, por la otra, gracias á las referencias dichas, del carácter vascongado, hubo de incluir y recomendar tal advertencia, entre las varias que hizo á su hermano político, pero éste traía otra misión fundamental que cumplir, así que dirigióse rápidamente á Burgos, donde llegó el 13 de Marzo, para seguir hacia la corte; no dejó, sin embargo, de procurar lograr algo conforme á las instrucciones recibidas, mas esto corresponde á aspectos, que no nos hemos dispuesto á tratar; colocamos nuestro punto de vista, en lugar, fuera, de las pequeñas pasiones de los hombres y huyendo sistemáticamente de personalidades, ni referencias que pudieran afectar á determinadas familias, salvo que los hechos en que hubieran intervenido llegasen á alcanzar un relieve que no lográndolo; no hay porqué ni para qué ocuparse de ellos.

Llegó Murat á Madrid, y allí, valiéndose de unas y otras artes, entre amenazas y promesas, consiguió, que los reyes de España, Carlos IV y su esposa, así como Fernando VII y la suya, emprendieran el camino de Francia; este período de dos meses próximamente que existe entre la llegada del gran duque de Berg y el éxodo de la familia reinante en España, que encerrando gran interés respecto á los acontecimientos, que se desarrollaban á orillas del Tajo, y en las márgenes del Manzanares, carecen de él respecto á Guipúzcoa, hollado ya hacía tiempo su territorio por las huestes francesas, que fueron estableciendo cual era lógico, destacamentos en los pueblos de la carretera de Irún á Arlabán, para asegurar así las comunicaciones de los ejércitos en marcha, con Francia; pero siendo paso casi forzoso, para ella y al atravesar Guipúzcoa, los reyes padres, el nuevo rey proclamado y hasta el valido D. Manuel Godoy, cuya personalidad, júzguese como se quiera, es inseparable de la historia de la nación, en este período, es imposible dejar de ocuparse de dicho paso y de incidencias en él ocurridas, que de haberse realizado y llevado á feliz término, hubieran evitado otros hechos ocurridos en las riberas del Adour y cambiado el curso de los sucesos.

ANGEL DE GOROSTIDI.

(Se continuará).



Guipúzcoa en la guerra de la Independencia

(CONTINUACIÓN)

Así como la casa de Braganza, se hizo á la vela, para el Brasil, la de Borbón, no se decidió á embarcar para la entonces América española, á pesar que lealmente unos, y deslealmente otros aconsejaron hacerlo; dudas é inquietudes dominaron y mientras Murat y el duque de Roirgo explotando ambiciones de los unos, y desvaríos y hasta torpezas de los otros, haciendo creer á la mayoría en la llegada de Napoleón á España y en la necesidad de salir á recibirle lograron primeramente, que si no Fernando VII en persona, al menos su real hermano, don Carlos María Isidro, saliese de Madrid con tal misión, como lo efectuó el 5 de Abril precedido desde hacía días de los grandes de España Duques de Medinaceli y Frías y conde de Fernán Núñez, los cuales, no encontrando á Napoleón en su trayecto, y creídos en que lo hallarían, alentados en dicha idea por los franceses, siguieron avanzando por la carretera de Francia, al junto no solo ya de pasar el Bidasoa y pisar territorio francés, sino que no faltó uno de ellos, que llegase hasta Tours; el Infante D. Carlos siguió el mismo rumbo, á su paso por Burgos avisó á su hermano que no hallaba al emperador, á pesar de lo cual prosiguió el viaje hasta Tolosa, donde paró, pero á la postre cruzó el Bidasoa, también, y llegó á Bayona; no había caminado una jornada

cuando cerca de Fernando VII se trabajaba para que también saliese á recibir á Napoleón en su hasta entonces fantástico viaje, na faltaron voces prudentes que se opusieran al viaje, ni impruderites que lo alentarán: el resultado fué que el día 10 de Abril salía el Rey con SU ministro de Estado, que lo era D. Pedro Cevallos, los grandes de España Duques del Infantado y de San Carlos, los gentileshombres de cámara, marqueses de Ayerbe, de Guadalcazar y de Feria; el capitán de guardias Conde de Villarieso, el famoso canónigo de Zaragoza, natural él de Navarra, D. Juan Escoiquiz, maestro que fué del Rey, y otros varios, llegando á Vitoria el 14, donde ocurrieron incidentes conocidos, de que no es nuestro objeto ocuparnos, sino únicamente del que intervino el general Crillon, comandante general de Guipúzcoa; tratábase de la fuga del Rey y de sacarle de entre las fuerzas francesas, pues en muchos iba cundiendo sa la idea de que el Emperador armaba alguna celada; hubo proyectos para todos; pero el duque de Mahón propuso, como mejor y más fácil de ejecutar, que el rey saliese, por la carretera de Francia con dirección á Vergara, al llegar cerca de dicha villa, montando á caballo torciese camino de Mondragón, y por Santa Cruz se dirigiese á Elorrio, Durango y Bilbao, donde podía embarcar dirigiéndose bien á Cádiz y Sevilla (como meses antes llegó á pensarse), bien á América ó á territorio extranjero, pero salvándose de las manos de Napoleón; para ejecutar el proyecto se contaba con el 2.º batallón del Regimiento del Rey (400 hombres) que se hallaba en Mondragón y se situaría sobre la carretera real, con objeto de rendir los honores á Su Majestad y en el momento preciso, protegería la fuga, manteniéndose en aquel sitio hasta el último extremo, auxiliado por los españoles que acompañaban al Rey, y gentes de Vergara y Mondragón; el plan, de éxito casi seguro, estuvo á punto de adoptarse, pero lo impidió Escoiquiz asegurando que no corría S. M. ningún peligro; algo sospecharon los franceses, pues el mismo día llegaron á Vitoria dos escuadrones de la guardia Imperial (entonces surgió' el proyecto de los bilbainos Urquijo y Urbina, que tampoco se aceptó).

El 18 de Abril insistió aun en sus ideas, Crillon, contando con fuerzas vizcaínas y con 2.000 carabineros, que reconcentrados del resguardo del Ebro, flanquerían Vitoria, ó harían lo mismo que las fuerzas de Mondragón, en cuyo caso, el Rey debía huir hacia Aragón, pero el mismo día regresa á Vitoria el duque de Roirgo y convence á la camarilla real de In necesidad de partir para Bayona, donde aguardaba

el Emperador: (ahora ya era verdad) y con efecto, el 17 á la mañana salían de la capital de Alava, pasaban por Vergara (que pudo ser la salvación del monarca), Tolosa, San Sebastián y llegaban á Irún donde el rey se alojó fuera de la villa en la casa solar del Sr. Olozabal; ¡allí pasó su última noche en España! por aquél entonces al menos.

El general Crillón que no cesaba en sus gestiones de procurar la fuga del rey, volvió esa noche á intentar convencer á Fernando VII; pero el monarca, irresoluto, como lo fué toda su vida, no adoptó ningún partido y terminó por tener forzosamente que acogerse al peor.

Hallábanse en Irún 300 hombres del regimiento de infantería de Africa, (todo el 2.º batallón) contigente de la provincia y la ciudad murada de Fuenterrabía, se encuentra muy cerca (tres kilómetros próximamente del alojamiento del rey), el general Laburía, (que seguía en Irún, como aposentador de las tropas aliadas) se situaría en Fuente..rrabía, y Crillón con el batallón (solo una compañía) entre la ciudad y el mar, S. M. saldría simulando un paseo, ó bien de noche y secretamente, y se embarcaría en cabo Higuer, yendo á donde pudiese: Olazabal preparó barco en que hacerlo y mandó tripular; dos hijos de Fuenterrabía se dispusieron á coadyuvar en la fuga, pues la consigna de los vecinos de la vieja Ondarrabía y del batallón de Africa, era oponer un dique á los franceses y sacrificarse dando tiempo á que el Rey se embarcara, como llevamos dicho, se encontraba todo preparado: la embarcación lista, Olazabal dispuesto áacompañar al Rey, Crillón con sus 200 hombres, Laburía con los contingentes provinciales, los de Fuenterrabía con sus alcaldes decididos á emular las glorias de 1638; pero la irresolución de Fernando VII no se decidía, las horas pasaban y amaneció, al fin, el 20 de Abril: el rey atravesó el Bidasoa y á las diez de la mañana llegaba á las puertas de Bayona, el emperador le obsequió con un banquete. y terminado el mismo Duque de Roirgo le anunció «el fin de la dinastía borbónica en España»; en ella habían quedado Olazabal y Crillón dolidos de la ceguedad real y firmes en su propósito de salvarle, cosa cada vez más difícil y que casi acabó por hacer imposible el traslado de Fernando VII á Valençay.

Pero se avecinaba el viaje de los reyes padres Carlos IV y María Luisa y el Duque de Mahón hubo de trasladarse al limite de la provincia para recibirlos; éstos desde Aranjuez, (donde tuvo lugar su abdicación) el 9 de Abril trasladáronse al Real sitio de San Lorenzo en el que permanecieron hasta el 25, día en que salieron rápidamente para

Bayona; en Villarreal de Urrechua, hallaron al general Crillón; preguntándole la Reina acerca de las noticias que se supieran; el general habló claro asegurándoles que la reunión en Bayona de todas las personas de toda la familia real tenía por objeto desposeer del trono á los Borbones: la Reina hubo de contestar negándolo como si tuviera secretas seguridades del emperador y el 30 salvaban el Bidasoa y se reunían con su hijo en Bayona; en Tolosa durmieron el 29 en la casa solar de Atodo.

En las tenebrosidades en que se desarrollaba la política española interna, (lucha entre los Reyes y Príncipe de Asturias, intrigas de Godoy, motín de Aranjuez, etc., etc.) destacábase en lugar preminente D. Manuel Godoy, Duque de la Alcudia, Príncipe de la Paz, generalísimo, ministro universal, soñador de la realeza, de gran influencia en el ánimo de Carlos IV; por lo que, y considerando la parte principalísima que le asignaba el Tratado de Fontaineblau, su presencia era necesaria en Bayona; el 20 de Abril, á las once de la noche, fué puesto en libertad (se hallaba preso á consecuencia del motín de Aranjuez el 19 de Marzo) y acompañado del coronel francés Martel, el 26 atravesaba Guipúzcoa y llegaba á Bayona; no tardaron en seguir la misma ruta los restantes miembros de la familia real; el día tres de Mayo salía de Madrid el infante D. Francisco; el 4 D. Antonio Pascual, utilizando un coche de la Casa ducal de Osuna; el día dos, momentos antes de comenzar el levantamiento de Madrid, partió la Reina de Etruria, hija de Carlos IV; el nueve hallábanse reunidos todos en Bayona; lo allí ocurrido no nos interesa y apartemos la vista de tan tristes sucesos, volviéndola á los esfuerzos que para libertar á los encerrados en la plaza francesa se hacían en Guipúzcoa; los proyectos fueron varios también, y como los ya relatados, el más prudente y de mejores probabilidades fué el del general Crillón; comenzó éste por aprontar una fuerte suma de dinero, cuya suma llegó á Francia, se recibió y desapareció no se sabe cómo, es decir, vale más no decir cómo; perdido este primer paso no se desanimó el duque de Mahón, y, contando con el Sr. Olazabal, se dispuso á seguir con su proyecto; situó en la frontera, frente á San Juan de Pié de Puerto, hasta 300 hombres, naturales del país; hizo avanzar las pocas fuerzas del Regimiento de Africa, Bidasoa arriba; Olazabal pasó á Bayona con varios vascos muy expertos en el terreno, á fin de que llegado el momento sirviesen de guía; pero todo esto se estrelló en la irresolución de las reales personas, aquí ya

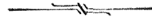
casi disculpable, pues realmente, lo que en Vergara y Fuenterrabía tema visos de éxito, allende el Bidasoa teniendo que salir de una plaza murada, recorrer sobre cinco leguas de territorio enemigo ocupado por tropas, y eludir la vigilancia, hasta de personas de la misma familia, encerrábalos más bien de seguro descalabro; el diez de Mayo salieron de Bayona los Reyes padres para Fontaineblau y Compiègne, el once, para Valençay, Fernando VII, D. Carlos M.^a Isidro y D. Antonio y esto hizo cesaran, por completo, tantos trabajos como de Salinas á Irún, hicieron los guipuzcoanos para libertar al rey é infantes.

ANGEL DE GOROSTIDI

(Se continuará.)



Guipúzcoa en la guerra de la independencia



(CONTINUACIÓN)

III

Comienzos de lucha.— Estancia de los franceses en Guipúzcoa. — Paso por ella de los Bonapartes.

Establecióse en la Bella Easo el general de brigada Thouvenot con la guarnición y la división Verdier en Vitoria, destacando fuerzas en Vergara, Villafranca, Tolosa y Hernani (un batallón).

Mientras las tropas españolas no tuvieron noticia de los sucesos que ocurrían en Bayona, permanecieron en sus puestos; pero noticiosas de ellos y deseando acudir á donde su deber les llamaba, comenzaon su exodo; las fuerzas que escoltaron á Fernando VII, sitas en Tolosa (en que intentaron sin fruto proteger la fuga del Infante D. Antonio Pascual, preparada por Palafox, después defensor de Zaragoza) y Hernani, pertenecientes á carabineros reales y guardias de corps se fugaron; el batallón de Africa, que hemos visto estacionado en Irún,

emprendió la marcha, para unirse á su regimiento, que se hallaba nada menos que en Algeciras, y el primer batallón del Rey, que también hemos hallado entre Mondragón y Vergara, al paso del Rey, igualmente emprendió la marcha. incorporandose á su regimiento el 28 de Julio y formando parte del ejército de Galicia bajo el mando de Blake.

Mientras esto ocurría en Guipúzcoa, y alguna juventud de sus pueblos, marchaba á los campos de Navarra ó Vizcaya á incorporarse á los partidarios, que en Guipúzcoa no se iniciaron hasta 1810, en Tolosa hubo una asonada prontamente dominada por los franceses; éstos habían ocupado toda la carretera general, por la que forzosamente habían de pasar sus fuerzas en cualquier sentido que inarchasen, y por la que penetraban igualmente todos los convoyes, víveres, etc., etc., que habían de aprovisionar á las que se hallaban repartidas por toda la Península y que á primeros de Junio ascendían á 117.000 hombres y 17.000 caballos; á más habían guarnecido ó fueron guarneciendo casi toda la costa, (Guetaria, Deva y Motrico) pueblos como Azpeitia, de manera que la provincia se hallaba copada materialmente; ésto no ohstó para el alzamiento y correrías de Jáuregui y otros, según iremos viendo.

En Bayona, al renunciar el trono de España la casa de Borbón, hubo de congregarse una asamblea de Notables, ante la que se discutíó y promulgó una constitución, primera de las que, para España, tan pródigo había de ser el siglo XIX, en cuyo titulo XIII se confirma la promesa de examinar los fueros del pais vasco-navarro, estuvo éste interesante é inexplicable á no existir determinados antecedentes, y tal vez existían en los mismos dias en que se reunía la Asamblea, en las orillas del Adour.

Pero esto ya no corresponde á nuestro propósito y fuel-a salirse de los moldes en que liemos de desenvolvernos, así que abandonamos esas y otras nebulosas, para seguir narrando hechos claros y límpidos.

De aquella Asamblea, salió la proclamación de José Bonaparte, hermano del emperador, nacido en Coiceya en 1768, como Key de España y jurado como tal el 7 de julio (repetimos, huímos decididamente de consideraciones de carácter político); á media tarde del 9, atravesaba el Bidasoa, escoltado por el 15º regimiento de infantería de línea y los 2º 4º y 12º de infantería ligera, tres escuadrones de lanceros polacos y un regimiento de caballería; ese mismo día pernoctó en San Sebastián y en Tolosa al siguiente, continuando lentamente su

marcha á Madrid, de donde la victoria de Bailén hubo de hacerle salir precipitadamente, no parando hasta las márgenes del Ebro y aún transponiéndolas, si bien no llegó á tocar territorio guipuzcoano hasta pasados unos años. Ello fué en 1811, cuando cansado José I de tan pesada corona, añorando amargamente la tranquilidad perdida de Nápoles y viendo que á pesar de que los ejércitos franceses vencían generalmente, no eran, sin embargo, dueños de otro terreno que el dominado por las armas y aun eso, siempre que contaran con número para hacerse respetar de los innumerables guerrilleros que á continua les cercaban, harto de pedir socorros al Emperador, hubo de decidir avistarse con él y hacer por tanto un viaje á París, muy rápido, del que regresó desilusionado y si pobre en auxilios, más aún en esperanzas; el 8 de Mayo del citado año y el veintiocho de Junio pernoctaba en Tolosa en la casa solar de Urbietta.

EL EMPERADOR, el César de la edad moderna, tal vez el genio guerrero más grande que en la historia figura, hubo igualmente de atravesar Guipúzcoa, mas no siendo éste teatro de las homéricas batallas, del Corso, ni la fotografía del terreno, favorita suya, por cuanto con placer singular le atraían las grandes llanuras, teatro por lo general de sus glorias, pasó por ella velozmente, pernoctando un día en Tolosa. en la ya citada casa de Urbietta, donde durmió, á nuestro juicio la noche del 4 de Noviembre de 1808, y decimoslo en esta forma, por cuanto muchos autores afirman fué el 8 de Noviembre el día en que el vencedor de Marengo atravesó el Bidasoa acompañado de los mariscales duques de Dalmacia y Montebello, (Soult y Lannes) ¿cómo tal cosa afirman el historiador conde de Toreno y el vascongado Gorosabel? ¡del que por cierto se llegó en alguna ocasión á acusarme ser casi copiador! ¡mal lo soy seguramente ahora! y ¡entonces también! por cuanto coincidir, no es copiar, y en historia, no hay dilema, ó se coincide ó alguno no se halla en posesión de la verdad; volviendo al paso del Emperador por el Bidasoa, creemos tuvo lugar á mediodía del 4 de Noviembre, por cuanto á las primeras horas de la madrugada del 3, entraba en Bayona, salvando en cinco jornadas la distancia desde París, y el 5 se hallaba en Vitoria donde el 6 dirigía á su hermano, residente en la misma ciudad, un despacho solicitando antecedentes acerca de caminos en la Península y sus condiciones, cuyo despacho hállase clasificado con el número 14.444, en la correspondencia publicada del Emperador ¿como fuera ello posible de no haber salvado

el Bidasoa hasta el 8? ¡antes de tres meses volvió á atravesar Guipúzcoa para no volver á pisar territorio español!

Tampoco el Rey José volvió á atravesar las cumbres de Arlabán, salvo las veces dichas, porque después de la rota de Vitoria en 1813, hubo de marchar por Navarra á internarse en territorio francés.

No terminó el año de 1808 en Guipúzcoa sin dejar triste recuerdo en varios pueblos de la provincia, principalmente Tolosa, en que la aglomeración de tropas y mala organización de su administración dieron origen á una fuerte epidemia de calentura que causaron víctimas en los invasores y en los provincianos.

Respecto á la organización de los franceses en Guipúzcoa, fué muy varia y á continuación sufrió modificaciones; Thouvenot fué el primer gobernador de la Bella Easo, Rey el Último; los cuerpos se renovaban con gran frecuencia, y realmente la provincia por su posición, por su geografía y hasta por lo pequeño de su territorio, no fué teatro de grandes luchas (que las correrías del Castor de Longa y de Mina, no pueden tener ese nombre) ocupados casi todos los pueblos, fortificados muchos y siendo la vía de comunicación casi única del invasor; la importancia bélica de Guipúzcoa no aparece en esta guerra hasta 1813, tan cruento para San Sebastián y en el que da un ejemplo de civismo, tal vez único en la historia ¡no es tiempo aún de ocuparnos de él! ¡dejémoslo para cuando llegue la recordación de su centenario!

Durante el transcurso de la guerra hubo operaciones militares de que nos ocuparemos, pues aún cuando no ejecutadas por Jáuregui, son dignas de recordación; no nos referimos á las del «Iron Duke», en las que Guipúzcoa sólo ha de presentar tres hechos: «Tolosa», San Sebastián y San Marcial», porque los demás, incluso el abandono de los pueblos de la costa (voladura del Castillo de San Antonio, de Guetaria, por ejemplo), no revistieron importancia, salvo la puramente local; nos referimos principalmente á expediciones efectuadas por el navarro Mina sobre Zumaya, Motrico y los altos de Arlabán; todos estos puntos de territorio guipuzcoano y todos ellos teatro de hechos, bien dignos de recordación.

Mas no siendo nuestro propósito escribir una relación completa de la que Guipúzcoa hizo en la guerra de Napoleón, ni contando con elementos para ello, ni realmente existir actos y hechos que á ello puedan de base servir, pasaremos á ocuparnos de los hijos de la provincia, que á ella dieron prez y honor en aquella lucha; que no pensaron ni

se acordaron de nada más sino de que eran españoles; que siguieron las huellas de Elcano, Legazpi, Urbietta, Churruca y cien hijos de Guipúzcoa, que al inmortalizar su hombre inmortalizan igualmente el de su patria.

ANGEL DE GOROSTIDI

(Se continuará).



Guipúzcoa en la guerra de la Independencia

IV

Guipuzcoanos que en la guerra se distinguen

I

GASPAR DE JAUREGUI

Fué, sin disputa, el caudillo que nacido en el solar guipuzcoano más alto puso su nombre en la campaña, atendida la humildad de su origen y el ser ajeno en absoluto á la azarosa carrera de las armas cuando la comenzó, en la que llegó al alto empleo de mariscal de campo, (actuales generales de división) y disputándolo, como segundo cabo de la capitanía general de Vascongadas, falleció en Vitoria el 19 de Diciembre de 1844, joven aún, pues no contaba más que cincuenta y tres años.

Su vida no pudo ser más accidentada: pastor, primero, de donde le vino el sobrenombre con que es conocido en la región vasca, postillón adolescente después, á los diecinueve años guerrillero: á los veintiuno poseedor del empleo de coronel, obscurecido en su villa natal hasta 1823, en que las circunstancias, ó mejor dicho, el agradecimiento, le

afilian á una bandera política que le hace brigadier; sigue una déca la de emigrado, después, vuelto á llamar á España, guerrea en civil, contienda durante seis años, alcanzando el grado de mariscal de campo, en el que á los breves años muere; ésta es, á grandes rasgos, en bit re compendio la vida de D. Gaspar de Jáuregui.

*
* * *

Nació en la pequeña Villarreal de Urrechua, en 1791; sus padres, de origen humildísimo, hubieron de dedicar á su hijo al pastoreo Y dedicado á pastor, con este sobrenombre fué conocido: «Artzaya»,

Las riberas del Urola, las faldas siempre verdes del Irimo, vieron días tras días, conducir al campo las ovejas confiadas á la custodia de Jáuregui y bien ajeno él, seguramente, al porvenir que le aguardaba y al brusco cambio de vida que le esperaba, trocando el zurrón y el cayado, por la espada, y las sedentarias y pacíficas faenas pastoriles, en las activas y sangrientas de la guerra; dejando de regir rebaños de ovejas, para mandar núcleos de hombres y llevarlos á la muerte y á la gloria y manteniendo él, en los riscos de Guipúzcoa, la bandera española, tremolada nada menos que contra el hombre mis grande que entre los hijos de Marte ha existido.

Llegó el año 1808 y con él la invasión francesa por Viliarreal, corno punto situado en la misma carretera general de Francia, hubieron de pasar el mayor número de las fuerzas que penetraron en España; por él, los infelices monarcas españoles; por él, Napoleón en persona, ¿qué dijo en el alma de aquel pastor, la presencia del corso? ¿qué murmuraron á su oído las aguas del Urola, ó las moles gigantes cas de las montañas vascas? ¿qué pensó aquel «artzaya», de barbilampiña cara?, ¿las hazañas de Mina y Egoaguirre, que corrían la Navarra, las de Salcedo en Vizcaya, impulsarianle á imitarlas? tal vez, la villana acción de los que entregaron, á José Manuel Imaz (a) Berriola y i Agustín de Larrañaga (a) Unceta, sublevaron su alma y tosco y rudo como pastor, noble y leal como hijo del solar guipuzcoano, creyó, mejor, soñó, con su conducta lavar la afrenta de los miserables, que tal hecho realizaron y con los suyos demostrar, que Guipúzcoa era y seguía siendo, la vanguardia de España, y que si sus hermanos, valientes patricios, luchaban contra las águilas de Marengo, no faltaría,

en las cumbres del Buruntza y el Irimo, en las vegas del Urola y el Deva, y en las costas que forman las playas de Elcano Y Churruca, quien igualmente la alzara ¡ese fué Gaspar de Jáuregui, «Artzaya»!

No fué, el primero que se alzó contra los franceses, como vulgarmente se cree, y aun alguno, haya escrito; en cambio, fué el único, que desde su humilde origen, llegó á alto empleo en la milicia, siendo natural de Guipúzcoa; antes que él se lanzara al campo, hiciéronlo «Berriola» y «Unceta», con final tristísimo: Jáuregui tuvo otra suerte.

En Junio de 1810: teniendo solo diecinueve años, en unión de seis coinpatriotas suyos, cuyos nombres se han perdido para la historia, acomete su primer hazaña, sorprendiendo á un correo francés, al que arrebató los despachos que llevaba y puso en manos del navarro Mina, quien cedióle varios guipuzcoanos que formaban en su partida, con los que Jáuregui, creó su primer batallón: á los quince meses, contaba con tres mil hombres, divididos en tres batallones, al mando, respectivamente, de D. Joaquín. Iriarte, D. Buenaventura de Tocusa y D. Miguel María de Aranguren, con los cuales recorrió Guipúzcoa, Vizcaya y parte de Navarra, operando ya solo, ya en combinación con Mina, como veremos, en expediciones á Zumaya y Motrico, ó con Longa, en empresassobre Bilbao y Lequeitio; al detalle no hemos de tratar de las correrías de Jáuregui, por cuanto su misma naturaleza lo impide y la vida de guerrillero no es fácil de ser seguida, por cuanto opera únicamente como puede y cuando puede, sindesarrollar tácticamente planes ni ejecutar campañas; sometido á lo circunstancial, concibe, ejecuta y se retira con la rapidez del rayo, lo que constituye el nervio de su fuerza; lo mismo reúne sus batallones para dar un golpe de mano, que los dispersa al extremo de hacerse impalpable cuando la persecución arrecia, y ante tal sistema de pelea, ni hay enemigo que resista, ni historia capaz de guardar en sus páginas todos sus hechos, muchos de los que el mismo autor termina por olvidar.

Los campos de Urrestilla, Segura, Azpeitia, Durango y Vergara, fueron testigos de sushechos, el más culminante de los cuales, fué la toma de Lequeitio, secundado en élla por la escuadra inglesa, mandada por lord Popham y el más meritorio, la retirada de Orduña á Tartanga, el 14 de Abril de 1812, en que cuatro compañías del valiente guipuzcoano evitaron que tres columnas enemigas consumaran el movimiento que proyectaban y con él copaban, no sólo las fuerzas de Jáuregui, sino las 'del vizcaíno Salcedo (D. Tomás).

Tres balazos recibió el guipuzcoano en aquella guerra y tres galones, insignia de coronel, le fueron conferidos por la regencia de Cádiz, en premio á sus servicios, con cuya graduación le cogió el término de la guerra.

En tierra guipuzcoana, una de las más notables hazañas de Jáuregui, fué la rendición de la guarnición francesa de Deva, en Noviembre de 1811, aprovechando la marcha de fuerzas, que al mando del navarro Gorriz, conducían prisioneros franceses para embarcarlos en la costa; el 3 de Noviembre llegaba Jáuregui frente á Deva, intimando la rendición a los franceses; mas desechada, se rompió el fuego y comenzó el ataque, que Jáuregui personalmente alentaba más, temeroso por una parte del auxilio que de Elgoibar pudieran recibir los sitiados, así como sabedor del escaso tiempo de que podría disponerse, tan acertadamente se condujo, que la guarnición abandonó el fuerte en que se defendía, á las veinte horas del ataque, refugiándose en la iglesia y á las seis horas mis viéndose amenazados con el incendio del edificio y á más la presencia de la fragata inglesa «Iris», se entregaron, siendo embarcados como prisioneros.

Las fuerzas que de Elgoibar acudieron en auxilio de los sitiados, se retiraron ante la presencia de los batallones navarros y Jáuregui satisfecho con su triunfo, se retiró á Iciar y después á Cestona y Aya, volviendo á reanudar sus correrías, de las que generales franceses como Dournontier, Monton y el célebre Cambroune, por su heroísmo y su frase al frente de la guardia en los campos de Waterloo, hubieron de recibir sangrientas y seguras pruebas.

Repetimos, que no es nuestro propósito narrar todos los hechos realizados por el guerrillero guipuzcoano durante aquella lucha, sino recordarlos, así como las de otros, algunos de ellos harto olvidados en Euskaria, y otros erróneamente juzgados; por ello, aquí hemos de terminar las breves líneas que al hijo de Villarreal de Urrechua dedicamos; del resto de su vida no hemos de ocuparnos; primero, porque se desliza después del período histórico á que nos contraemos, segundo, porque va envuelta en hechos de guerras civiles, de esas contiendas monstruosas para la humanidad, por las que antes de narrarlas fuera preferible romper el libro de la historia.

Baste saber, que el 19 de Diciembre de 1844, moría en Vitoria, con el empleo de mariscal de campo, (general de división) desempeñando el cargo de segundo cabo de la entonces capitania general de las

Provincias Vascongadas, en posesión de las grandes cruces de Isabel la Católica y San Hermenegildo; (obtenida post mortem) que sus restos en sencillo y elegante mausoleo duermen el sueño eterno, ó las naves de la iglesia de su villa natal, á orillas del Urola, al pie del monte Irimo, ciclópeo testigo de sus días de pelea contra las águilas francesas; baste con que su recuerdo no se aparte de los patriotas guipuzcoanos, si los que Dios no permita pudieran resurgir tristes contiendas.

ANGEL DE GOROSTIDI.

(Se continuará).



Guipúzcoa en la guerra de la Independencia

V

Guipuzcoanos que en la guerra se distinguen

II

JUAN CARLOS DE AREIZAGA

HIJO también de Villarreal de Urrechua, alcanzó más alto empleo en la milicia, que su *erritarrak* el Pastor; si este es, por así decirlo, el hijo del pueblo, que, abandonando sedentarias labores, se lanza á las cruentas de la guerra, Areizaga, es el hijo de familia aristócrata, que siguiendo desde su juventud la carrera de las armas, logra en élla, alcanzar el grado de teniente general, gracias á su valor indisputable, y aun cuando su nombre unido vaya al del tal, vea mayor desastre que en la guerra de la independencia sufrieron los ejércitos españoles.

Firmes en nuestro propósito de solo ocuparnos de la intervención que Guipúzcoa y los guipuzcoanos tuvieron en la guerra, cuyo centenario váse conmemorando, no hemos de ocuparnos de los hechos de Areizaga, anteriores á este período, así como, en su día, tampoco, hemos de referirnos, á los realizados por otros, que con posterioridad á la guerra. pusieron en civiles contiendas sus nombres tan alto, que tal vez hállase fuera del juicio de los hombres.

Veterano de la guerra de 1793, en la que se distinguió en diversas ocasiones, retiróse del servicio con el grado de coronel de ejército, residiendo en la villa navarra de Goizueta, sita á orillas del Urumea, donde se encontraba en 1808.

Su co-provinciano, el vergarés Mendizábal, conocedor de las dotes de Areizaga, en unión de los generales, duque del Infantado y don Joaquín Blake, hubo de consultarle sobre el plan de campaña más favorable para rechazar la invasión (ya había tenido lugar la victoria de Bailén y los franceses habianse replegado al Ebro) y ésto, unido á excitaciones de amigos y compañeros de armas, á su patriotismo, añorado tal vez por las cumbres del Pirineo, teatro de sus campañas, hizo volviere al ejército español, mandando una división y al fin en jefe el del Centro; su nombre va unido á tres hechos de aquella campaña; batalla de Alcañiz, batalla de Ocaña y defensa de la línea de invasión de Andalucía.

La primera tuvo lugar el 23 de Mayo de 1809, entre las fuerzas francesas mandadas por el mariscal Suchet y el segundo ejército español de la derecha, regido por el general Blake, á la vista de la ciudad de Alcañiz, sobre las colinas situadas á su frente, la principal de las cuales, llamada de la Virgen de los Pueyos, hallábase ocupada por los batallones de Daroca, reserva de Aragón, tiradores de Murcia y 2.º de voluntarios de Aragón, que componían un total de 191 jefes y oficiales, con 2.302 soldados, regidos por el ya mariscal de campo Areizaga, el que hubo de llevar el peso de la acción, rechazando dos ataques que á los Pueyos fueron dirigidos, y que rechazado un tercero al centro por la artillería española, dió á éstos la victoria, que autores extranjeros y españoles proclaman deberse en particularísima parte á Areizaga, cuyo nombre honrosamente ocupó el primer lugar en el parte oficial de Blake.

En las demás operaciones de este ejército, no vuelve á aparecer el nombre de Areizaga, salvo el 13 de Junio, apoderándose de un convoy en Botorrita, donde permanecía el 15, con su división (la tercera del ejército, considerablemente aumentada), sin acudir al campo de batalla de María y sirviendo de refugio á los dispersos de aquella acción: igualmente vióse envuelto en la derrota de Belchite tres días después, con la que terminó la campaña de aquel ejército.

La división Areizaga se compuso (después de Alcañiz y antes de María) de las fuerzas siguientes: ocho batallones de infantería, dos com-

pañías degranaderos del regimiento de América y otras dos del de suizos de Traeler; dos escuadrones de caballería y una patrulla, ocho piezas de campaña, haciendo un total de 5.525 infantes, 247 caballos y 120 artilleros.

La consideración y concepto de que gozaba Areizaga, ya por las consultas de que fué objeto por parte de sus compañeros, ya por las diversas comisiones que para reorganizar fuerzas se le confiaron (las aragonesas en parte y las de Lérida), la gloriosa jornada de Alcañiz, y su manera de conducirse después de la derrota de María, fueron causa de que se le nombrara general en jefe del ejército del Centro, lo que si pudo halagarle en un principio, acabó por constituir la mayor amargura de su vida.

El 22 de Octubre de 1809, fué nombrado general en jefe del ejército del Centro, fuerte de ocho divisiones de infantería, una de caballería y 34 piezas, haciendo un total aproximado de 52.000 infantes y 6.000 caballos, con los que el 3 de Noviembre iniciaba el movimiento y triunfando en la escaramuza de Cañada del Madero, daba vista á la llanura de Ocaña, en cuyas puertas volvió á recoger nuevos laureles.

El 18 de Noviembre, sufría en Ontígola, su primer revés y el 19 la pérdida total de su ejército, el mejor y más numeroso que hasta entonces en aquella guerra se había confiado á general alguno, en que en dos horas y media de combate, dispersaron los franceses, mandados por el mariscal duque de Dalmacia, principalmente, aun cuando nominalmente, por el rey José Bonaparte.

Aquella derrota produjo duros y apasionados comentarios, contra la conducta de Areizaga, juicios que aún mantienen los historiadores nacionales y extranjeros, incluso los no franceses, fundados en narraciones y declaraciones de numerosos autores de aquel drama; la junta central, sin embargo, no debió creer culpable á Areizaga, cuando este continuó con el mando del ejército, retirándose con los restos de sus fuerzas á las estribaciones de Sierra Morena, última esperanza para evitar la invasión de Andalucía; allí, logró unir unos 16.000 hombres, restos del desastre de Ocaña y nuevos incorporados.

Lo novicio de las tropas, en una parte y la impresión moral de la derrota de Ocaña, en otra, lo corto del número de tropas reunidas, y más si se consideran los numerosos pasos de la cordillera Mariánica y su distancia entre unos y otros; lo numeroso del ejército enemigo (más de 6.000 hombres) y la total carencia de obras de fortificación

regulares, hacían preveer lo que ocurrió, que el 20 de Enero de 1810, los 1.º, 4.º y 5.º cuerpos de ejército, con la división Desolles, como vanguardia, forzaban el paso de la sierra, con escasísima pérdida, y cortaban la retirada de Areizaga, sobre Sevilla y Cádiz, obligándole á marchar hacia el sudeste de la Península, no parando hasta Guadix, donde el 27, entregaba el mando al general Blake y se retiraba de las campañas de la guerra, estableciéndose en Alicante.

El general Areizaga, fué de lo más discutido y aún lo es; su derrota de Ocaña hizo perder esperanzas bien concebidas y al perder Sierra Morena, dió á los enemigos cuanto Castaños en Bailén habiales arrancado.

No puede negarse, ni nadie, que sepamos, lo ha negado, que Areizaga carecía de valor; la campaña de 1794, está demostrando bien claro, lo poseía, su mismo comportamiento en Alcañiz, lo confirmaba y contra ello nada dice el que él permaneciera en una torre durante la acción de Ocaña: que algunos historiadores hayan querido de este hecho sentar determinadas consecuencias, se explica, porque escribieron, en tensión y con tendencia especial y ya preconcebida: que Areizaga, no tuviera inteligencia para la milicia ¿tampoco cabe admitirlo, que su historia bien claro demuestra lo contrario y el sufrir una derrota ó varias no es prueba de ello, dado que á serlo, cabía negar esa inteligencia á personalidades, fuera del juicio de los hombres ya, que el general Areizaga no tuviera la inteligencia bastante necesaria á los cargos y puestos que se le confiaron?; ya esto es otra cuestión y muy difícil de resolver, sin un estudio muy detenido; sin embargo, y prescindiendo de la gran relatividad que cabe dentro del término *bastante necesaria*, nos inclinamos á creer si la poseía, y así nos explicamos, y por ello indudablemente ocurriría, que generales tan reputados y expertos como Blake, Mendizábal y el duque del Infantado, le consultaran acerca de la forma de llevar la campaña, ¿lo hubieran hecho en caso de dudar de la competencia de Areizaga? y Blake varias veces volvió á consultarle, especialmente en su carta del 14 de Agosto de 1809 (inédita): el general marqués de la Romana, cuya reputación se hallaba universalmente reconocida, antes de la guerra de la Independencia y en élla se acrecentó, igualmente escribióle sobre asuntos de la campaña, comunicándole sus impresiones y seguramente el héroe de la retirada de Dinamarca, no obrara así, á no tener elevado concepto de Areizaga.

Lo que le ocurrió en Sierra Morena, estaba previsto y era inevitable después del desastre en la Mancha; lo que le ocurrió en Ocaña, ni fué culpa ni incuría exclusivamente suya; él, citó á la victoria para que coronara las banderas españolas; la victoria se cobijó bajo las águilas francesas, y de esto, allí no tuvo la culpa, sino eso que decide de la suerte de los hombres y de las naciones, la Providencia, según unos, la casualidad, el azar, según otros; pero éllo, no es justo imputárselo á Areizaga.

Por su cuna, ostentó el título de barón del Sacro Romano Imperio, y vistió el hábito de Santiago; por sus hechos, ciñó la faja de teniente general y obtuvo una cruz laureada de la orden de San Fernando (creada en la guerra contra Napoleón).

Terminada la guerra, fué nombrado capitán general de Guipúzcoa y murió en Tolosa, desempeñando dicho cargo el 18 de Marzo de 1820, siendo enterrado en el cementerio de su pueblo natal el día 20.

En aquel pueblo tan pequeño, Villarreal de Urrechua, perdido en los montes de Guipúzcoa, esperan la resurrección dos héroes de la tierra guipuzcoana: Jáuregui y Areizaga, de distinta clase social, de muy diferentes carreras en sus comienzos, ambos entraron ó volvieron á la de las armas, cuando las garras de las águilas imperiales posáronse en las cumbres del Aitzgorri.

ANGEL DE GOROSTIDI.

(Se continuará.)



Guipúzcoa en la guerra de la Independencia

VI

Guipuzcoanos que en la guerra se distinguen

III

GABRIEL DE MENDIZABAL

SI en las orillas del Urola y al pie del monte Irimo, se meció la cuna de Areizaga y de Jauregui, á orillas del Deva y al pie del monte Elosúa, mecióse igualmente, la cuna de otro insigne y heróico guipuzcoano: Gabriel de Mendizábal, nacido en la villa de Vergara, que llegó en la milicia al alto empleo de teniente general y á ocupar el cargo de presidente del entonces llamado Tribunal especial de guerra y marina, hoy Consejo Supremo.

He leído y con asombro, que Mendizábal fué guerrillero; si por guerrillero se entiende el que organiza guerrillas, las inspecciona y las impulsa, en ese caso puede pasar el aserto; si por guerrillero entendemos el ageno á la profesión militar que se lanza á la lucha irregular mandando un cuerpo que, con el tiempo, pueda llegar á formar parte del ejército, en ese caso, Mendizábal no puede ser considerado como guerrillero; Mendizábal era militar antes de la guerra de la independencia, y ya en sus primeros choques le veremos mandando como brigadier, tropas organizadas (I.^{er} batallón de voluntarios de Navarra) con éllas, con el ejército, se bate en Rioseco, Zornoza y Espinosa de

los Monteros; después en Alba de Tormes, y así, asciende desde el empleo de brigadier, hasta el de teniente general, con el cual pelea en las postrimerías de la campaña, mandando un cuerpo de ejército en San Marcial y en la invasión de Francia por el ejército aliado; como se vé, ni en su origen, ni en sus campañas, Mendizábal puede ser considerado como guerrillero; en Febrero de 1811, se creó el 7.º cuerpo de ejército, cuyo cuartel general se hallaba en las montañas de Santander y cuyo mando en jefe se confió a Mendizábal; sus fuerzas se componían de las que mandaban Porlier, Jáuregui, Mina y otros, ajenos á la carrera de las armas en sus principios y que operaban en distinta región sin acuerdo ni plan; pero aquellas fuerzas, cuyo comienzo fué tan chico, llegaron á formar divisiones y éstas fueron la base del séptimo ejército que organizó Mendizábal, y en este tiempo recorrió el campo en que operaban y tan pronto hallábase al lado de Porlier, como al de Mina; si ésta es la causa de que Mendizábal pueda ser considerado como guerrillero, podrá serlo, pero explicado el motivo que para ello hay, nos parece que al hijo de Vergara, no cabe sino considerarlo como general y distinguidísimo del ejército español. Su primera hazaña tuvo lugar el 14 de Julio de 1808, mandando el regimiento voluntarios de Navarra, en la batalla de Rioseco, con el que formó un cuadro que no pudieron romper los enemigos y con el que no realizó la retirada, sino por orden personalmente dada por el general en jefe; de aquel acto recientemente nos hemos ocupado, por lo que aquí pasamos sobre él.

Reorganizado el ejército en las montañas de Santander, dióse el mando de la vanguardia, al brigadier Mendizábal, compuesta de los batallones 2.º de Cataluña, Voluntarios de Navarra, Zaragoza y dos batallones de granaderos, contando además con 150 caballos (*únicos* de aquel ejército en los comienzos de la campaña), 2.º escuadrón de Montesa, 3.º de Dragones de la Reina y unos 15 hombres de carabineros reales; el 10 de Septiembre, en Reinosa, se iniciaba la campaña, fingiendo Mendizábal un movimiento sobre Burgos, y el 17 se hallaba en Villarcayo; entrando el 11 de Octubre en Bilbao y siguiendo él, seguido de la 1.ª División, la persecución del enemigo hasta Zornoza, donde el 24 se incorporaron las demás fuerzas, incluso el general en jefe (D. Joaquín Blake), y el 31, eran derrotadas por el mariscal Lefebvre, retirándose sobre Valmaseda, estableciéndose Mendizábal en Orrautia, prosiguiendo su retirada á Espinosa de los Monteros, donde

se dió un combate de dudosos resultados, pero que obligaron a los españoles a proseguir hasta el mismo Reinosa. Esta corta y sangrienta campaña, valió a Mendizábal su ascenso a mariscal de campo y ya en posesión de él, desempeñó el cargo de general segundo jefe del ejército de la izquierda, con el que asiste á la campaña del otoño de 1809, hallándose en la batalla de Tamames, el 18 de Octubre, en la que se distinguió extraordinariamente, echando pie á tierra y mezclándose entre las filas de los soldados de la vanguardia, que en desorden se retiraban, logrando rehacerlos y volverlos á su línea de batalla evitando así la derrota que se iniciaba; pocos días después volvía a batirse en Medina del Campo, y el 28 de Noviembre en Alba de Tormes, lograba salvar la división de vanguardia y parte de la segunda, haciéndolas formar cuadros, que no pudieron romper tres cargas de los dragones, cazadores y húsares franceses, atravesando el puente y llegando á la orilla izquierda del Tormes; aquel hecho valió á Mendizábal el título de conde de los Cuadros de Alba de Tormes; en los que remozó los laureles de la vieja infantería de Italia y Flandes, emulando y contra iguales enemigos las glorias del conde de Fuentes en Rocroy, con la mayor fortuna de salvar sus fuerzas.

En la campaña de 1810, el ejército de la izquierda operó por Extremadura y Castilla la Vieja, corriéndose á la provincia de Huelva y continuando en él de segundo jefe Mendizábal (las tropas ascendían á 25.000 hombres y 2.800 caballos), rigiéndolo interinamente á la muerte del marqués de la Romana, en la campaña de 1811, en la que el 18 de Febrero (antes de que el nuevo general en jefe nombrado tomara el mando) sufrió la derrota del Gévora, que llevó como colateral la rendición de Badajoz; la conducta de Mendizábal fué ácremente censurada, con el apasionamiento propio de aquellos días tan turbulentos; pero la reputación anteriormente adquirida, hizo siguiera prestando sus servicios en la lucha, al punto de que dos días después, el 20, se creaba el 8.^o ejército y se encomendaba su mando en jefe á Mendizábal, el que estableció su cuartel general en Potes y se disponía á reorganizar las fuerzas de su mando, que se extendía a Santander, Vascongadas, Navarra, Rioja y Burgos, compuestas principalmente de guerrilleros; el cura Merino, en Burgos, mandaba 6.000 hombres; Mina, en Navarra, tenía constituida su división; Jáuregui, en Guipúzcoa, una brigada de cuatro batallones; Porlier, en Santander, ocho; todas estas fuerzas revistó Mendizábal, trasladándose de una a otra provincia,

según lo consentían las operaciones del enemigo; pero siendo fuerzas especiales y á más hallándose muy al Norte, no pudo operar con él en la forma que lo había hecho con el de la izquierda y el 5.º; en el año 1812 (4 Diciembre), el 7.º ejército entró á formar parte del 4.º número, al que entonces se redujeron los siete existentes. Mendizábal siguió mandando el ala izquierda de este 4.º ejército, independiente de él y compuesto de las fuerzas vizcaínas, guipuzcoanas y navarras, que regían respectivamente, Longa, Jáuregui y Mina, dedicadas á preparar la acción del ejército aliado, que ya iniciaba la campaña de 1813 y con las que se distinguió en Poza de la Sal y en los intentos para socorrer Castro Urdiales, así como al establecer el bloqueo de Santoña, mas hallándose en él, ocupado, supo el triunfo de la llanada alavesa y corrió precipitadamente á la divisoria, enviando á vanguardia los vizcaínos que alcanzaron la retaguardia de la división Foy en Mondragón, siguiendo su persecución hasta Tolosa (25 Junio) y Hernani, seguidos de Mendizábal que el 29 de Junio de 1813, atacaba los altos de San Bartolomé, preludio del sitio de San Sebastián, y se extendía hacia Pasajes, presentándose voluntariamente el 31 de Agosto en la acción de San Marcial, cargó al enemigo con la 1.ª brigada de la 5.ª división, hallándose el ejército mandado por el general español Freyre, bajo cuyas órdenes pasó á Francia, batiéndose el 10 de Abril de 1814, en la batalla de Toulouse, en la que herido en los primeros momentos de la acción, se negó á abandonar su puesto, permaneciendo hasta su final.

Vése por todo ello que Mendizábal tomó parte en todas las campañas militares de aquella guerra, comenzando por jefe del regimiento voluntarios de Navarra, brigadier de la vanguardia del ejército de la izquierda; mariscal de campo, segundo jefe del mismo y del quinto, que mandó interinamente en jefe y en propiedad del séptimo, ya con el empleo de teniente general, obtuvo un título nobiliario, la laureada de San Fernando y la Cruz de San Hermenegildo, muriendo nonagenario casi, en Madrid, el año 1838, desempeñando el cargo de Presidente del Tribunal Supremo de Guerra y Marina; restaurado el año 1834, en días en que las discordias civiles destrozaban la nación, y poco antes de que llegasen á su término, precisamente en la villa natal del ilustre guipuzcoano y general D. Gabriel de Mendizábal.

Por lo que sucintamente llevamos relatado, parécenos erróneo hablar de Mendizábal como guerrillero, cuyo carácter creemos no le co-

rresponde, pues aun operando en el Norte, lo hacía como general en jefe del 7.º ejército primero y después como jefe del ala izquierda del 4.º ejército, es decir, que durante toda la guerra figuró como militar, como lo que siempre había sido, lo mismo en 1793, que en 1808, 1814 y 1837.

ANGEL DE GOROSTIDI.

(Se continuará.)

